

TRIBUNA | FILOSOFÍA El autor reflexiona sobre la pandemia y el fenómeno actual de la guerra y advierte de que su dramática realidad pone igualmente en evidencia la insuficiencia del nihilismo como visión comprensiva del mundo

El Covid como desmentido del nihilismo

IGNACIO G^a DE LEÁNIZ CAPRILE

AHORA que celebramos el fin de las mascarillas y que las noticias sobre la pandemia han descendido al puesto número 10 en los informativos, bueno será que el pensamiento coja el vuelo una vez que se disipa esa *niebla del covid* que nos impedía pensar con la perspectiva suficiente. Y para ello recomiendo apoyarnos en el lúcido ensayo que acaba de publicar el pensador italiano y profesor en la Universidad de Bari Constantino Esposito, *El nihilismo de nuestro tiempo* (Encuentro), donde sostiene una tesis tan paradójica como desconcertante: que la existencia y amplitud de la pandemia ha puesto en entredicho el hasta entonces nihilismo triunfante que, como ideología, se había enseñoreado de Occidente. Y lo mismo sucede, añadido por mi cuenta, con la guerra de Ucrania como también veremos. Un nihilismo que Nietzsche –su gran portavoz tan presente hoy y cuyas obras no cesan de venderse– sintetizó de la siguiente manera: «Nihilismo: falta el objetivo; falta la respuesta al porqué. ¿Qué significa nihilismo? Que los valores superiores se desvalorizan». Por lo tanto ya no hay meta en el vivir nuestro ni sentido alguno: queda solo esa «vocación por la nada» que iba a ser la seña de identidad de nuestro tiempo según profetizó el pensador alemán, cuya interpretación nihilista se resume en el vacío que aparece cuando los cimientos que sujetaban la cultura occidental se tornan ilusorios. Cimientos que en las últimas dos décadas hemos visto demolerse a gran velocidad, especialmente en nuestro país, como si la *nadificación* del mundo y de la vida humana tuviese prisa en implantar su hegemonía final.

Y sin embargo, y aquí salta la gran sorpresa intelectual, vemos ahora ya sin mascarillas que esta cosmovisión nihilista no ha estado a la altura de la realidad de una pandemia que en ella misma lleva inserta la fuerza de lo real –opuesto a la nada– y sus múltiples

sentidos. A este respecto el juicio de Esposito es tajante al afirmar que la pandemia «muestra de golpe claramente que el nihilismo no está a la altura de la crisis que estamos viviendo durante este tiempo. Las preguntas

que nacen de la asfixiante emergencia sanitaria indican que la construcción nihilista de la vida y de la cultura, de la política y de la sociedad, están saltando por los aires desde dentro».

Ahondando en dicha intuición del pensador italiano, podemos establecer tres grandes razones por las que el covid ha declarado insuficiente y superada la ideología nihilista vigente:

a) *El virus como primacía de lo real y de la vida.* Frente a la exaltación de la nada y la negación del

ser, en la que como afirmaba Nietzsche no hay hechos sino únicamente interpretaciones, el virus ha supuesto en su extensión *urbi et orbi* un golpe de realidad proveniente de un mundo natural que *está ahí* con sus leyes y mutaciones, cuya existencia no es una mera ilusión del yo y que se nos ha presentado repentinamente como «dato», esto es, como algo *dado* con tanto número de muertos y tanto de contagiados. Realidad en la que vivimos que era hasta hace dos años cada vez más ignorada y despreciada por nosotros encerrados en el círculo del yo, olvidando que el ser humano es él y su circunstancia –el mundo en torno habitado ahora por el covid– y que si no salvamos dichas circunstancias, no cabe salvación de ese yo. Y ante la existencia del virus, la respuesta de la humanidad no ha sido un *nihilismo pasivo*, sino todo lo contrario: la lucha por superarlo, rebelarse frente a la aniquilación posible y mantener la continuidad de la vida personal y colectiva. En este sentido y de forma paradójica, la actitud nihilista reinante nos ha permitido contemplar la preeminencia de lo real por encima de nuestra ideología colectiva. La pandemia se muestra así en su ambivalencia, al tiempo que un cementerio colectivo de muerte y destrucción, un nuevo ámbito de afirmación de la vida y del sentido de lo humano. Y de paso como un gran desmentido histórico de la prevalencia de la nada. Más bien, de la fuerza del ser y de la *vocación por la vida* que está en la base última de la realidad humana por mucho que se quiera negar.

b) *El virus como rescate de lo verdadero y lo cierto.* En consonancia con la recuperación de la realidad mencionada, la pandemia nos ha mostrado otra gran insuficiencia de la cosmovisión nihilista como es la negación de cualquier tipo de verdad y certeza, vistas –también en el plano político– como una presunción peligrosa y dogmática. Bien al contrario, el *estar ahí* del virus constituido ya como *objeto* con el que tengo que habérmelas y que se ha adueñado de nuestro cuerpo en tantos de nosotros bien por infección bien por vacunación, ha dejado en evidencia las posturas escépticas anejas al nihilismo. Mientras que la nada no puede conocerse y la verdad carece de sentido ante ella, el discurso sobre la *verdad* de la realidad del virus ha podido irse acotando y conociendo –bien que humildemente– de forma progresiva por la medicina y demás ciencias experimentales. También por cada uno de nosotros individualmente y de forma colectiva y organizacional, reajustando nuestros comportamientos, trabajos y estilos de vida. Y todo ello ha supuesto, bien que imperfectamente, una paulatina adecuación entre la cosa, lo real, en este caso el virus, y nuestra inteligencia, que es al cabo la definición clásica de la verdad. Parece como si la pandemia nos enseñara que solo desde la humildad cognoscitiva, aquella que reconoce los *fueros* de lo real, es posible hallar verdades y certezas, no solo individuales, sino también y sobre todo colectivas.

c) *El virus como afirmación del mundo del valor y sentido.* Junto a ello, ha sido en el ámbito de la moral donde la realidad pandémica ha hecho el desmentido más radical del nihilismo imperante. Si re-

cordamos que para Nietzsche este no era otra cosa que una sociedad que habita un mundo privado de valor donde los valores clásicos han muerto junto a Dios, los comportamientos anónimos vistos durante el covid en todo el mundo *plenos de valor* como ha sido el caso de tantos sanitarios, docentes, fuerzas de seguridad, empleados *especiales* y tantos otros que han puesto en juego su vida y a menudo la han perdido, han puesto al desnudo la gran contradicción de nuestra época: nos declaramos nihilistas mientras que a la hora de la verdad como es el caso del covid, no lo somos sino bien al contrario nos constituimos en *seres de sentido*. Frente a la nada publicitada *ad nauseam* en las últimas décadas, valores bien valiosos como la generosidad, espíritu de servicio, compasión, profesionalidad y tantos otros, nos han hablado de que no solo existen los valores sino que hay en ellos una admirable jerarquía que ya conmovía a Platón. Y que dichos valores han aparecido estrechamente ligados al *tú debes* como condición de su encarnación concreta, deber que siempre presupone un sentido. De modo que en razón de un virus maligno, pocas veces en la historia de la humanidad esa apelación imperativa al deber ha sido tan universalizada, a pesar del nihilismo. Todo ello induce a pensar que el ser humano es mejor de lo que él mismo cree y mucho mejor desde luego de lo que prescribe la gran ideología de la nada.

NO SE nos oculta que las mismas reflexiones que hacemos ante la pandemia sirven también para el fenó-



JAVIER OLIVARES

El rechazo a la guerra muestra que no estamos hechos para la nada, sino para la vida, y que el mundo tiene sentido

meno actual de la guerra. Su dramática realidad pone igualmente en evidencia la insuficiencia del nihilismo como visión comprensiva del mundo y el hombre. Y la certeza de su maldad, la existencia de una jerarquía de valores desde la cual captamos su íntima perversión. Al tiempo que el rechazo que nos suscita muestra certeramente que no estamos hechos para la nada, sino para la vida, y que el mundo –y la persona– tiene sentido. Todo eso nos ha dado en recordar y redescubrir, en medio del dolor y angustias varias, una larga pandemia que cursa ya sin mascarilla entre el ser y la nada, con sus lecciones profundas a costas que desmontan tanta nadería.

Ignacio García de Leániz Caprile es profesor de Recursos Humanos de la Universidad de Alcalá de Henares.